

Gordón, fueron designados los señores Pavía, Soraluze y Arzác (secretario), para ocuparse de este particular.

Todos los asuntos y documentación pendientes, relativos á Historia, Bellas Artes, Arqueología y donativos para la biblioteca-archivo-museo, se aplazaron para la próxima sesión, y se levantó la Junta en señal de duelo.

CUADROS EUSKALDUNAS



¡Á RENTERÍA!¹

¡A Rentería! Hay fiesta en Rentería. El día es hermoso, brilla el sol, sonrío el campo, y el cielo limpio y transparente, parece de cristal azul.

¡A Rentería! ¡A Rentería! ¡A la fiesta!

Los tranvías, repletos de gente, corren sobre los rails lucentes: crujen las fustas: suenan pitidos de fiesta. Los caballos saltan y brincan bañados de sol y al chocar los cascos con las piedras, arrancan un alegre son de castañuelas.

¡Adelante! ¡Adelante!

Las rojas campanillas que cuelgan de las tapias parecen ruborizadas de tanto sol. Aquí en un jardín, se oyen carcajadas, en otro, dos muchachas vestidas de blanco, cortan flores y adornan los sombreros de paja dorada.

Corre el tranvía, brillan los rails á lo largo del camino, relucen las verjas y cristales con destellos de alegría. Por entre los árboles de un huerto salta espumoso chorro de plata y se deshace en las flores, que tiemblan de placer.

Suenan los timbres. Cada parada del tranvía es más alegre. Aquí suben dos muchachotas coloradas, con perfume de ropa nueva, llevan la ramilla de albahaca, la albahaca de esmeralda pendiente de sus labios rojos, y bajo el brazo dos enormes pasteles redondos, olorosos. Después entra un barquillero con su blusa de percal azul y la caja encarnada

(1) Del libro *Por esos mundos*—«Colección Diamante»—que acaba de publicarse.

como el lacre, en cuya panza se lee: «¡Viva mi dueño!» en letras amarillas.

En Ategorrieta añaden dos caballos, mientras el mozo limpia el sudor á los otros. El tranvía vuela, las muchachas ríen y palmorean encendidas de placer. Las carcajadas aumentan. He aquí al viejo colorado de facciones aplastadas y ojos húmedos como una caricatura del sol: es el hombre gordo que se tragó dos merluzas y ocho botellas de *sagardua* (sidra) en la romería anterior. Entra respirando fuerte, en mangas de camisa, la chaqueta al hombro, la pipa de yeso en los labios.

Ríe, saluda y grita:

—¿*Zer modu?* (¿Qué tal?)

—¿*Ondo tu zu?* (¿Bien y tú?)

Ederki, pozik gaude. (Muy bien. Estamos contentos—dice el viejo guiñando el ojo y haciendo una pirueta.)

Corre, corre el tranvía, el vientecillo juega con las cortinillas; las hojas lustrosas de las zarzas acarician el rostro y exhalan campestres perfumes.

A lo largo del camino gris, grupos de aldeanos forman machones azules y blancos.

Cuando pasa el tranvía abren los paraguas y lanzan el *¡ujuju!* *¡ujuju!* el grito clásico de esta tierra que repite el eco como una carcajada.

Ya voltean las campanas de Rentería. Un cohete dibuja una línea roja, como trazo de lápiz, en el limpio cielo azul.

¡Din! ¡Dan! ¡Din! ¡Dan! ¡Viva, viva Rentería! parece que dicen las campanas.

*
* * *

Suena el tamboril y sale el Ayuntamiento. La misa ha sido solemne. Cantaron coros de afinadas voces, asistió público numerosísimo; gentes de San Sebastián que todos los años acuden á Rentería...

Llegó la hora solemne en toda fiesta bascongada...

El cuarto es de paredes blancas, el mantel blanquísimo, la vajilla con reflejos de nieve. Dos panes enormes de pasta crocante, varias botellas panzudas, como de azabache, que encierra el líquido dorado, la *sagardua* picante y espumosa.

Los «Gargantúas» impacientes golpean en la mesa con los cuchillos.

La sobera, despidiendo humo, oliendo á sustancia, entra en el co-

medor coreada por himnos y aplausos. Vengan luego las dos sopas de pan y de fideos. Venga, después, el buen plato de berzas. Vengan las guindillas, punzantes, rojizas, como un puñal ensangrentado. Vengan los cocidos, la merluza frita, el pollo asado, nadando en salsa ocre; la carne de pedazos enormes, cual guiso normando. Venga el jamón cubierto de tomate que semeja un gorro frigio. Venga por último el gran plato de arroz con leche, espolvoreado de fina y olorosa canela. Vengan el humo, los colores á la cara, las risotadas, los estremecimientos de la vajilla, los puñetazos y golpeteos de sillas y el *zortziko* final cantado entre risotadas y mugidos, con los ojos echando llamas...

*
* * *

Terminó la fiesta. La comida, el baile, la alegría. El cielo azul se cubre de nubarrones negruzcos, húndese el sol.

Rentería se borra en la obscuridad. Brillan puntos de luz en el triste anochecer; farolillos blancos de fábricas; rojos de trenes que pasan, que relampaguean como miradas siniestras.

La carretera está llena de coches, de tranvías y carros. Pasan á escape los cochecillos ligeros, los ómnibus estremeciendo el piso y llenos de gente hasta el techo.

Oyense cánticos que se pierden en la vaga tristeza del anochecer. Llegamos al alto de Pasajes. Abajo brilla el agua, despiden chimeneas de fábricas penachos de humo negro; cubre el cielo un nubarrón rojizo casi negro, que parece una inmensa cicatriz. Los vapores del puerto destacan sus palos como esqueletos y allá muy lejos hormigueros de hombres, inclinados bajo el peso de enormes sacos, entran y salen del oscuro vientre de los barcos. Son los descargadores de carbón.

Y la visión de aquel país negro, de aquel rebaño contrasta con el ¡ujuju! ¡ujuju! que se oye como el último grito de la gran fiesta.

RODRIGO SORIANO.

